

M. Sánchez Camargo: «Las esculturas de Subirachs», *La Vanguardia Española*, 11 de julio de 1963, p. 21

Hace algún tiempo –quizá demasiado para los que le amamos tanto– fuimos jurado de un Premio San Jorge, que otorgó a Subirachs premio de escultura. Fuimos jurados entusiastas llegados desde Madrid para la concesión de galardón tan importante. Fue nuestro primer encuentro con este hombre tan de veras entregado a la escultura en «do» mayor; a esa escultura que define al arte en su mayor pureza e integridad.

Desde entonces acá han sido muchas las veces que hemos contemplado obras de este hombre silencioso, hermético, cauto, y al borde del misticismo, el cual se halla inmerso en sí mismo, en su obra creacional que continúa desde su primer éxito hasta éste que ahora ratifica en la sala Neblí.

Subirachs se ha quedado en esta última exposición con la escultura a solas. Ha realizado monumentales obras escultóricas, y las ha realizado en pequeño volumen; pero de tal forma y manera que la monumentalidad queda presente como si la dimensión que soñó el artista se hallara conseguida.

La materia es diversa: madera, hierro, piedra. O sea, que el medio obliga ya a una realización hija de un fuerte pensamiento, de un aliento para que las cosas sean como deban ser o «como debieran ser». Estas obras expuestas son grandes sueños de escultor, extraídos de sí mismo, salidos de una necesidad, de un ver cómo la humanidad, su arquitectura y espacio, necesitan como complemento estos bloques insertos unos en otros; estas formas geométricas sencillas que no tienen otro juego y «fundamento» que su propia existencia. Viéndolas en sus pedestales, las vemos al término de las nuevas avenidas del futuro; en medio de un amplio espacio, en un aire libre, libérrimo, dándose a sí mismas su propia justificación.

Y a estas consecuencias de masas unidas, maridadas entre sí, ha llegado Subirachs tras una serie de experiencias de la que era anuncio el «hueco» que guarda el Museo de Arte Contemporáneo madrileño. En esa obra estaba ya indicado, muy levente, este quehacer de Subirachs; este afán por suprimir espirales, retorcimientos, juegos, y «explicaciones» abstractas o figurativas. Ahora la escultura queda monda y lironda como en su primitivo ser. Subirachs creemos que ha aspirado a que la escultura que realiza sea tan pura

como la que podíamos encontrar a nuestro paso en la causalidad de unas formas naturales. Y llegar a esa conclusión, tan fácil en su esencia, Subirachs lo ha hecho dando, además, sentido y signo filosófico a lo que pudiera parecer sorpresa adquirida por simple sensibilidad.